PRÓLOGO

La novela comienza en este mismo instante, en la primera línea del prólogo. Léelo como un capítulo más, porque eso es lo que es. Me he permitido muchas libertades a la hora de escribir esta novela, lo que no quiere decir que contenga elementos gratuitos o caprichosos. Una de mis intenciones era darle carácter novelístico a toda forma de escritura: sinopsis, escaletas, prólogos, citas comentadas de otros autores o interrupciones fortuitas de la trama principal (porque esta novela contiene tantas set pieces que podría haber sido un libro de relatos, los escritos por Flavio Guijarro). He roto la línea central «distrayéndome» con otras tramas, algunas de las cuales ni siquiera he llegado a acabar porque el avión aterrizaba antes de terminar el relato o la adaptación. He disfrutado de mucha libertad, pero no he sido autocomplaciente. De hecho, presento a un protagonista que en ocasiones me representa, a veces cruel y mezquino, y desde luego mentiroso y truculento, y al que la propia novela se encarga de reprochárselo, a través de los personajes del editor furibundo y del escritor irlandés Colm Tóibín. Es un alivio poder cuestionar lo que estás escribiendo desde la escritura misma.

Lo que tienes en tus manos es una novela escrita con ansiedad, una palabra que aparecerá con frecuencia, a veces comentada por otros escritores. Virginia Woolf la define como «la mente cerrándose alrededor de sí misma como una crisálida», una definición preciosa, y para la que también aconseja como remedios «arrancar hierba, o hacer un censo de gente que es feliz o desgraciada». Mi ansiedad consiste en intentar detener el tiempo, que por naturaleza tiende a escurrirse. Cito a Olga Tokarczuk cuando Flavio mira el paisaje a través de la ventana de un tren y le invade la sensación «de que los paisajes ya llegaban tarde a alguna parte»; le robo la descripción a la premio Nobel y se la regalo a Flavio, en el tren. Movido por esa sensación de llegar tarde he escrito este libro. Siempre con prisas, siempre en un momento en que tenía que hacer otras cosas, o simplemente vivir; esta premura, otro modo de llamar a mi ansiedad, me impulsó a escribirla cuando estaba rodando en Lanzarote Amarga Navidad. La elasticidad del tiempo es una de las características de la isla volcánica. El día dura más. O va más despacio. Cuando terminaba cada día de rodaje, incluida la preparación de la jornada siguiente (en los rodajes tienes que ir muy por delante de ti mismo, de la propia narración, para que el resto de los equipos sepa lo que tiene que hacer o preparar los días siguientes de la semana), yo le robaba tiempo al sol, a tomar el sol, o al menos a extasiarme en el porche de la villa Alfredo Kraus, donde me hospedaba, con la brisa inefable de la tarde, placer supremo, y también se lo robaba al descanso. O llenaba las largas horas de espera de preparación de algún plano complicado.

Muy pronto supe que se trataba de una novela (como las madres que intuyen el sexo del bebé que llevan en su seno) y yo mismo cambié de actitud (no puedo explicar cómo, porque ni yo mismo sé en qué consiste ese cambio, solo sé que hubo un cambio), desde el principio sentí que estaba ante una narración que en fondo y forma desbordaba los límites de un cuento. Lo sentía de un modo inequívoco.

Lo mismo que ocurría con los relatos de Patty Diphusa: una vez construidos el personaje de Flavio Guijarro y su actividad imparable, la prisa fue un elemento primordial. La prisa de él y la mía por escribirlo. La prisa no es sinónimo de descuido; si esta novela no te convence no es porque la haya escrito deprisa. En efecto, la he escrito a un ritmo vertiginoso, pero la he escrito muchas veces. Escribir es reescribir. Corregir respetando el tiempo de cocción de cada relato. Los diferentes capítulos de Patty Diphusa los escribía durante el tiempo que tardaba el motorista en venir a

recogerlos a casa para entregarlos en el magazín La Luna. Me ponía a la máquina en el último momento, nunca antes, cuando ya me habían llamado de la revista para decirme que un motorista estaba en camino, y normalmente previa toma de varias rayas de cocaína.

Las páginas de Patty están llenas de drogas, eran los primeros ochenta. Sin ser del todo consciente, al principio, Flavio Guijarro cabalga a la misma velocidad de Patty, pero movido por la adrenalina, es decir, por mi deseo de escribir sin preguntarme si estoy capacitado para ello. La pulsión de este deseo no me ha abandonado hasta el final de la escritura y sus sucesivas reescrituras. La adrenalina siempre ha acudido cuando la he invocado, tanto que pienso que fui un gilipollas en los ochenta tomando cocaína, por mucho que toda la ciudad (la ciudad por la que yo me movía) vibrara al mismo ritmo tóxico que yo.

Me afectaba al humor (lo perdía, total). La cocaína me bajaba el ritmo y diezmaba mis ocurrencias; entraba en una fiesta siendo (o eso me creía yo) el chico más divertido y el más dicharachero (esto sí era cierto) y me cortaba las alas en el momento en que me tomaba unas cuantas rayas. Pensándolo bien, sobre todo a la hora de construir al protagonista Flavio Guijarro, mi organismo (como el del personaje) reacciona de un modo paradójico. Sustancias y medicinas, lugares, situaciones especiales me provocan con frecuencia el efecto contrario al que deberían provocarme. Debo tener cuidado especialmente con las medicinas.

Flavio Guijarro y yo no somos en absoluto idénticos: tiene cosas mías, pero no es mi alter ego. Yo me volvería loco si tuviera que esperar siete horas en un aeropuerto (algo que Flavio aprovecha con gusto). La multitud no le agobia, sino que le reconforta, ni tampoco hace mella en él la dictadura de las compañías aéreas, que te dejan tirado aunque llegues a tiempo al mostrador para hacer el check-in porque había overbooking, venden de forma abusiva dos veces algunas de las plazas y tú no puedes hacer nada, solo quedarte en tierra con tu rabia y tu impotencia. La impotencia es lo peor, pero todo este horror a Flavio le viene bien. Lo disfruta. El barullo del aeropuerto y el tiempo de vuelo, cuantas más horas mejor, le relajan (yo no me relajo un solo minuto, mi operación de espalda me lo impide). Pero, cuando Flavio escribe, dentro de él fluye la misma premura, la ansiedad de avanzar en una narración frenética que reduce el tiempo a cenizas. ¿Un modo de luchar contra el paso del tiempo? No lo sé, pero está claro que a mis personajes literarios (no así a los cinematográficos) les sienta bien el estrés.

Patty y Flavio comparten esa cualidad: no duermen, no paran. Reconozco que no sé escribir sobre gente que duerme, y tampoco sé hacerlo sobre personajes que tengan una familia. Para que les puedan ocurrir todas las cosas que imagino, no pueden tener compromisos familiares, me robarían un tiempo narrativo que necesito exclusivamente para ellos. La mayoría de los personajes literarios que escribo son huérfanos. Pero no son lobos solitarios: son comunicativos, se relacionan bien. Otra condición: tienen que haber sufrido por amor. Con una vez que hayan perdido las riendas de su vida por una pasión amorosa me basta como autor. Con una intensa vez que hayan conocido el deseo, el dolor y el placer me es suficiente. No podría escribir sobre personajes que no hayan pasado por un calvario amoroso.

En el caso de Flavio, el recuerdo de Carmelo, con quien compartió y sufrió tres largos años, le inspiró su primera narración, «La adicción». En Dolor y gloria, Asier Etxeandia lo interpretaba en un teatro, acompañado solo de una pantalla en blanco, una pantalla de cine; he querido rescatarlo para la novela en su forma original. Cuando lo fagocité

para Dolor y gloria deseché parte del monólogo (que ya tenía escrito años antes de escribir el guion) y que en principio era el doble de extenso y tenía como protagonista a una joven directora de cine. He querido recuperarlo para dar a conocer el original. Además de humanizar a Flavio con esta dolorosa experiencia, la escritura tiene ese poder: el dolor forma parte del banco emocional que cada uno lleva dentro y que desarrolla después.

Aunque no sea mi alter ego, hay algo que comparto con Flavio, si bien con una intensidad mucho menor que él: los aviones, volar, son los lugares donde consigo mayor concentración. Algunas de mis mejores ideas las he tenido en vuelos largos, durante las dos primeras horas después de que apaguen las luces; el resto, por la presión, es un dolor de cabeza que lentamente aumenta de intensidad hasta llegar, por ejemplo, a Nueva York. Pero Flavio necesita la sensación de no estar en ningún lugar ni a ninguna hora. Esa suspensión es de lo más inspiradora, y la sensación de soledad rodeado de desconocidos dormidos.

Dudé en llamar a esta novela Fan fiction, porque Flavio es un acérrimo seguidor de este subgénero. Escribe solo sobre algo ya preexistente (excepto su confesional «La adicción»). La ficción fanática nace de los productos más mainstream, que impulsan a algunos de sus seguidores (los más freaks) más allá de la fascinación y la histeria. El original les arrebata hasta el punto de no aceptar que tenga un final. Entonces el fan-fictioner empieza su escritura donde terminó el original de Crepúsculo, Star Trek, Anatomía de Grey, Harry Potter, etcétera. A diferencia de ellos, Flavio no siente el menor interés por los éxitos masivos: su gusto es más exquisito, pero siente la misma pulsión de continuar obras de Philip K. Dick o Henry James, por poner dos ejemplos.

La existencia de la fan fiction es una demostración de amor de los lectores a sus escritores favoritos, porque no aceptan que el original que les inspira termine nunca. Yo comparto esta pasión: una buena ficción debe ser eterna, continuada por todo tipo de fanáticos escritores a los que habrán de seguir otros escritores igualmente fanáticos. Si Borges viviera y fuera amigo mío, le pediría que escribiera un relato infinito escrito por fan-fictioners. Y ahora os dejo en manos de un narrador omnisciente.

ENTEREZA. Una palabra a la que le había perdido la pista. ¿Cuánto tiempo hace que no la pronuncio, ni la escribo, ni la leo, ni la oigo? Años. Es una bella palabra que merece la pena memorizar, repetirla una y otra vez. La he encontrado en un periódico en relación con la actitud de la gente frente a las catástrofes de estos días.

La entereza es lo contrario al miedo, a la cobardía, a huir de la realidad. Tiene que ver con la resistencia. Darse por entero a alguien. El amor te vuelve egoísta porque te absorbe por entero, decía Jean Genet.

FLAVIO GUIJARRO

Flavio Guijarro asume periódicamente profesiones para las que cree sentir una auténtica vocación, pero que no llegan a cuajar. O no al nivel que él desea. Primero, dibujante, músico, diseñador, interiorista. Luego, psicólogo (casi terminó la carrera), fotógrafo, escritor, performer y finalmente actor. En ninguna de estas disciplinas llega más allá de la mediocridad. Apunta maneras en la profesión de actor, más que nada por el entusiasmo que le pone, y como performer tenía gracia y desparpajo. Tarda en cuajar, pero todavía, cuando está de humor, se presenta a algún casting; ha trabajado

y ha luchado por hacerse un lugar a lo largo de los años. Es atrevido y cobarde. Divertido y soso. Profundo y banal. Habitar los extremos, dependiendo de sus interlocutores, lo convierte en una especie de Zelig y se adapta sin dificultad a su entorno, hace amigos con facilidad. A veces entra en crisis, como todo el mundo. A él le preocupan especialmente porque solo sabe resolverlas cometiendo una locura. Y las catarsis no siempre son buenas. Ha interpretado papeles pequeños o figurantes con frase, durante años.

Pero Flavio nunca ha querido engañarse.

Y no se ha engañado.

Comprende pronto que nunca será un gran actor.

Por lo demás, habla inglés con fluidez y un día le surge una oportunidad: acompañar en su promoción internacional a un actor español, guapo, mazado, de una torpezanoexentadeencanto, que ha protagonizado una serie de éxito global en HBO. Viajan a Nueva York, a Londres, a Roma y a París a lo largo de una semana. Le traduce en las entrevistas al Actor Mazado y, sin que nadie lo advierta, Flavio cambia sus respuestas planas, básicas y sin interés, por frases inteligentes que demuestran que el actor no es solo un trozo de carne, sino que conoce a fondo su profesión y la complejidad del mundo.

Aunque su trabajo de intérprete eventual le satisface, nunca ha abandonado del todo su verdadera profesión: camarero en la terraza de un primo suyo, que por consanguineidad le permitía tontear con otros oficios y estudios. Pero a veces le invade la sensación de ser un ventrílocuo (su trabajo con Actor Mazado se le parece bastante) y un mentiroso, aunque prefiere el término «fabulador». Pero de momento él es el único que se lo aplica a sí mismo, basándose en la creatividad de sus respuestas inventadas en las entrevistas de Mazado, un actor discreto, pero del que Flavio se quiere distanciar porque le atrae demasiado. Tergiversarle en las entrevistas es una dulce venganza y al mismo tiempo un favor con el que equilibra lo anterior.

Flavio no duerme en los aviones. Nunca. Lee novelas. Para llenar el tiempo, la lectura no le basta, pero sí le resulta de gran ayuda porque suele escribir en las páginas del libro, las últimas y las primeras que aparecen en blanco. Después se pasa a los márgenes, normalmente con lápiz y también sobre cualquier otro espacio donde no haya letra impresa del libro original. En el último viaje con Mazado recurrió a las bolsas de papel que dan para vomitar, y las llenó de palabras. El actor le miraba asombrado, pero no le interrumpía porque intuía que aquel trajín era importante para Flavio. Nunca le preguntó, por ejemplo, «qué estás escribiendo». Mazado (Alez de nombre artístico y Alejandro el de verdad) sí duerme en los viajes. Esa es una de sus cualidades, y Flavio prefiere que sea así, porque no es conversador de avión. En otro contexto, Flavio es capaz de hablar con una piedra, servil e inteligente, y con deseos de agradar hasta que encuentre otra actitud más práctica. Pero en ese momento solo quería escribir. Y escribió. Pensó en sí mismo con veinticinco años menos y situó en el centro del relato a un gran amor del pasado, del que por fin se sentía tan liberado como para poder escribir sobre él sin que se le saltaran las lágrimas. Carmelo, lo llamó. Para el narrador, eligió una profesión que conocía lo suficiente porque había trabajado con algunos de ellos, la de director de cine, y se cambió de género (sería una directora). Le salió un breve monólogo que habría sido ideal para una actriz dramática superdotada.

MENCIÓN ESPECIAL

Cuando llega a su casa en Madrid, Flavio se sienta frente al ordenador. Imprime todo lo que ha escrito tras esa semana tan movida de hoteles, aviones y entrevistas, y, como decía Bob Dylan acerca de sus mejores canciones, es como si un ángel hubiera venido y hubiera escrito en su ordenador un precioso texto titulado «La adicción». Un monólogo que, sin falsa humildad, se le antoja perfecto, y siente una justa punzada de emoción, una epifanía. Porque siempre soñó (también) con ser escritor. Tal vez ya lo era.

Manda el monólogo a un concurso de provincias y gana una Mención Especial, porque el concurso era de relatos y lo suyo, aunque se podría leer como tal, es un monólogo teatral, que, eso sí, y así se lo comunicaron, al jurado le había deleitado. Para Flavio, esa reacción, junto a la Mención Especial, es todo un éxito. Reconoce que siente el gusanillo literario desde su adolescencia…, pero ha sentido tantos gusanillos artísticos a lo largo de su vida que duda que el de escritor sea el definitivo.

Un nuevo mundo se abre ante él, idéntico al habitado hasta entonces, pero ahora caldeado por aquella Mención Especial que no le hace perder el sentido de la realidad.

Vuelve a la terraza a trabajar, porque no solo los actores sirven cafés, también lo hacen los escritores en ciernes. Se dispone a hacer su vida de siempre, con la seguridad de que le llevará a otros lugares.

Flavio no sabe esperar, pero se lo impone. Y aprende.

Todos los días se sienta frente al ordenador, pero después de una hora acaba viendo porno y masturbándose. Y eso no es un material digno de ser narrado.

LABIA Y ENTUSIASMO

Un día, a Flavio le ofrecen un papel de comparsa en una serie, que acepta, y, dados su buen carácter y experiencia vital, continúa haciendo amigos «en la profesión». Tiene labia y sabe tratar a la gente. El conocimiento del alma humana le viene de ser camarero, dice él, medio en broma.

Su nueva vocación de escribir no le ha hecho olvidar la antigua, la de actor. Escribe (inútilmente) y actúa sin brillar nunca, pero se identifica con el mundillo y con los actores; ninguno le pone en evidencia y ninguno le hace sentirse un intruso, al contrario. Fuera del escenario, en fiestas, estrenos, cenas en casas de algún director, acompañando al teatro a alguno de sus amigos actores, siempre le han tratado como uno de ellos. Uno más de esa gran familia, tan particular, que forman los intérpretes profesionales. Les interesan sus comentarios sobre la función o las películas de las que hablan a la salida del cine con entusiasmo (como en una película de Godard o de Woody Allen, donde la gente no solo va al cine, sino que habla de películas), escuchan con atención sus digresiones acerca de las interpretaciones que han visto y sus comentarios sobre la dirección de actores. Les hace ver una película distinta a la que ellos han visto. Más rica y más emocionante. Flavio siente con más intensidad que nunca la química con los profesionales de la interpretación, y algunos de ellos se convierten en amigos.

Sabe que no llegará a ser uno de ellos, pero también siente, honestamente, que pertenece a su mundo. No es ni un diletante ni un intruso, sino un entusiasta. Su vocación es real, aunque no le avalen los resultados. Disfruta cuando habla sobre personajes de ficción y sobre actores verdaderamente admirables, desvelando matices inéditos de sus trabajos. A su alrededor se ha creado un aura de respeto y atención, sin que importe su mediocridad como actor.

Sucede espontáneamente, como la semana de entrevistas con Alez Mazado: un día uno de ellos le pide ayuda para que le explique esos contenidos ocultos entre las líneas de los guiones, matices de los que él suele hablar en sus conversaciones endogámicas. Y él corresponde y ayuda a su amigo a preparar todo el personaje, según su propia visión, la de Flavio. No le supone esfuerzo alguno, y le granjea una nueva amistad incondicional.

El eco llega a oídos de Mazado, que le llama para que sea su coach. Es una oferta difícil de rechazar. Se trata de una TV movie para rodar en Barcelona. Mazado le duplica el sueldo. Flavio lo habría hecho por la mitad, pero no rechaza el dineral. El único problema es el riesgo de engancharse a Mazado: los buñuelos de bacalao, la brisa de las noches catalanas y los paseos junto al mar son muy traicioneros. Flavio se prohíbe a sí mismo quedarse los fines de semana con su pupilo. Después de terminar el rodaje, todos los viernes vuelve a Madrid, y el lunes por la mañana se organiza para estar en Barcelona. En ese tiempo, escribe y evita tentaciones.

Mazado crece bajo la batuta de Flavio. Debajo de esos músculos late un corazón que empieza a abrirse camino. Noche de ramblas obtiene tan monumental acogida en la plataforma que la produce y estrena que a la semana la distribuye en cines. Y arrasa. Y Mazado consigue lo que en décadas no consiguió la política, hacer que España y Cataluña vibren al unísono. Llama a Flavio para agradecérselo, pero Flavio no se pone y le envía un mensaje de felicitación; aunque Flavio se atribuye en secreto la unidad del país, sigue esforzándose por no intimar con Alez. No se permite ni fantasear con él cuando se masturba. Bueno, eso sí. Él no se lo permite, pero la imagen de Alez aparece nítidamente en su pensamiento en distintas posturas del acto sexual entre dos hombres.

COACH

El éxito de Noche de ramblas corre como la pólvora. El teléfono de Flavio no para de sonar. Llega un momento en que tiene que dejar de ir a la terraza (su primo se lo permite, porque le admira) para dedicarse exclusivamente a ayudar a cinco actores a encontrar la verdad de sus personajes, desentrañarlos, hallar el tono más certero y adecuado para su interpretación, el más sincero, el menos evidente. Son actores más dotados que Mazado, por lo que a Flavio le resulta mucho más fácil potenciar su talento. Utilizando su gran imaginación, única cualidad de la que se siente seguro, descubre o inventa con facilidad matices ocultos en la primera lectura que a los actores se les escapan, probablemente por la tensión de encarnar a esos personajes. Aunque no es un coach barato, tiene más demandas de las que puede atender.

Los actores más importantes del país, en plena ebullición por la llegada de las plataformas televisivas (para las que todo contenido, de ficción o documental, es poco), le ruegan sus servicios hasta desbordarlo. Su único enemigo es la falta de tiempo.

Cinco años después vive holgadamente trabajando exclusivamente como coach de actores de ambos sexos.

Nunca pensó que eso pudiera ser una profesión. Además de permitirle vivir con desahogo, sabe que lo hace movido por una emoción no confesada: vivir en contacto directo con la Creación, algo que siempre ha bullido dentro de él, pero a lo que no había sabido dar forma. Vive pues a la sombra de la Creación, y el hecho de que participe mínimamente de su plenitud le basta, al menos de momento. Nietzsche decía que la creación es el goce absurdo por excelencia y Flavio experimenta parte de ese

gozo como propio. Siente un orgullo silente cuando después ve las películas o las obras de teatro de sus pupilos, y reconoce su huella en ellos. También sabe que ese deleite no es suficiente, ni justo, pero tendrá que esperar hasta que sea reconocido. El estímulo que siente solo es comparable al orgullo de haber escrito «La adicción» en los seis aviones que tomó en compañía del Actor Mazado. Conserva aquel monólogo en su ordenador como un tesoro, esperando otro texto que lo complemente.

O tal vez no; «La adicción» es demasiado confesional, y él quiere huir de eso. Prefiere que la inspiración venga del exterior. Rechaza hurgar dentro de sí mismo, aunque más tarde descubrirá que, sin hacer el menor esfuerzo, los temas, las historias siempre le llegarán del exterior, y que su auténtica vocación será continuarlas. No hay peligro de autoficción, y mucho menos de que su escritura sea confesional.

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo Espinoza.

—Dejarlo todo en manos del tiempo —respondió Pelletier.

(Roberto Bolaño, 2666).

EL TIEMPO

Flavio no es una escuela, una academia, una institución que disponga de infraestructura. Es un hombre-empresa. Está solo y adora lo que hace, pero por el bien de todos, incluidas las plataformas, quiere hacerlo bien. Puede ser desordenado y caótico, pero anhela la perfección. Más tarde descubrirá que hay que anhelarla para conseguir al menos el cincuenta por ciento de lo que has soñado. La perfección es eso, ese cincuenta por ciento.

Ahora la terraza de su primo, donde ha seguido trabajando en sus ratos libres, ya es medio suya, porque su primo cayó en una depresión y, con tal de retenerle, le vendió la mitad del negocio por un precio irrisorio. Naturalmente, en todo este tiempo, la terraza se ha llenado de actores, muchos de ellos porque han quedado con Flavio, y el bar se convierte en un lugar de moda para cazadores de autógrafos, selfis y paparazis.

Su primo siempre le ha admirado por todo lo que es capaz de emprender, pero también hay algo más. En la barra del bar, entre fotos de actores y deportistas, hay dos fotos de dos niños vestidos con traje de marinerito, haciendo la Primera Comunión. Uno es Flavio, y el otro, más pequeño, es el primo. Un detalle: los zapatos blancos que llevan son los mismos, el traje también. Las fotos se hicieron en dos momentos distintos. Primero se la hizo Flavio y, como su primo no tenía traje, se puso luego el suyo, que le quedaba un poco grande, porque Flavio era más alto y espigado. Respecto a los zapatos, Flavio no tenía y su madre no podía comprárselos, así que una prima lejana de trece años les prestó unos blancos puntiagudos y con un incipiente tacón. El primo usó los mismos zapatos de chica. Al hacerse mayor y prosperar, el primo siempre le ha estado agradecido, por el traje y por algo más que es un secreto entre los dos. Algo que sucedía en las largas siestas cántabras: se masturbaban mutuamente. El primo descubrió el sexo y siempre le estará agradecido a Flavio por ello.

Su buena reputación como coach —a pesar de que se propuso no sobrepasar un cierto número de clientes— amplió su trabajo a otros profesionales que necesitaban resultar convincentes cuando hablaban en público, en entrevistas, parlamentos, manifestaciones sociales, reuniones de alto nivel, debates televisivos, o simplemente

cuando tenían que acercarse al lugar donde había ocurrido una catástrofe y mostrar su apoyo y acompañar a las familias afectadas: los políticos.

Flavio tiene la ventaja de carecer de compromisos personales: cero novios (reconoce que todavía recuerda con nostalgia aquel viejo gran amor del que se liberó escribiendo «La adicción», aunque él lo tapa con aventuras breves en las que no se implica), cero mascotas, cero familiares, cero vicios. Tiene unos tíos en Cantabria, los padres de su primo, a los que visita en Navidad. Puede viajar a cualquier rincón del mundo, es totalmente libre y bilingüe, se desenvuelve en inglés con la misma soltura y precisión que en español. Hay algo, sin embargo, que últimamente le inquieta. Tiene la impresión de que olvida algunas palabras y eso le desespera, pero es pronto para preocuparse por esos olvidos.

CERDITOS EN LA GRANJA

Flavio recuerda un programa de telerrealidad, que ocurría en una granja, donde a una aristócrata venida a menos que participaba en el concurso le hacían superar una prueba dificilísima y humillante. La metían con diez cerditos cachorros en un corral, limitado por una valla de madera que impedía salir a los cerditos y a la concursante. La prueba consistía en capturar la mayor cantidad de cerditos en la mínima cantidad de tiempo. Los cerditos eran velocísimos e increíblemente resbaladizos y huidizos. La mujer se agotaba corriendo detrás de ellos y, cuando conseguía darle alcance a alguno, se le escurría entre las manos. A veces no llegaba ni a tocarlos.

A Flavio le impresionó cuando lo vio, no solo por lo que tenía de humillación pública, especialidad ilimitada en ese tipo de programas, sino por la facilidad con que los animales se escurrían de las manos de la aristócrata venida a menos. Siente ahora que con algunas palabras le ocurre lo mismo. Imposible retenerlas, desaparecen, él las busca cuando detecta su desaparición y, a veces, días después consigue encontrar alguna. No todas. «Entereza» fue una de las que, una vez encontrada, ha permanecido en su memoria. Le pasó también con «ortopédico» y el reencuentro fue por azar, cuando pasó en la calle Mayor ante la fachada de una tienda antigua especializada en ortopedia.

Una noche olvidó la palabra «póstumo». La recuperó después de semanas por azar, en un libro de Susan Sontag.

«Tiene que ser posible vivir con menos angustia. Me siento superflua, perdida y (como los últimos cinco años) póstuma. Juego a estar viva, a ser una escritora. No sé dónde colocarme a mí misma. No tengo energía ni esperanza. Tiene que ser posible llevarlo mejor» (Susan Sontag, anotación en sus diarios de 1981, que aparece en la biografía de Benjamin Moser).

(Además de mi agradecimiento por haber recuperado la palabra «póstuma», yo podría haber escrito este párrafo, femenino incluido, pero se me anticipó Susan Sontag. En cualquier caso, me lo apropio, lo traslado sin ningún problema a mi vida, disfruto desesperándome con Susan).